



obre la
Burocratización¹
Conferencia de Max Weber

¹ Weber, Marx. «Sobre la burocratización». En G. Cataño Molina, tr. *Revista Eco*, Bogotá, no. 222, pp. 604-609, abril de 1980.

N. del T².: estas páginas contienen las palabras de una intervención de Max Weber en el curso de un debate en la Verein für Sozialpolitik – Asociación para la Política Social– en 1909.

Conocidas por el lector latinoamericano a través de exposiciones secundarias y en forma fragmentaria, ocupan un lugar privilegiado entre los estudiosos del pensamiento político y social de Weber. En ellas, el pensador alemán muestra claramente su visión del futuro de la sociedad en relación con el creciente desarrollo de la burocracia como fuerza que coarta la libertad individual. Esta intervención es considerada, además, como la clave para comprender la base del pesimismo de Weber sobre el inevitable proceso de burocratización de las sociedades modernas.

Espero me excusen si después de las discusiones de esta mañana, las cuales han estado dedicadas a interesantes tópicos específicos, retorno a aquellos aspectos generales que han surgido en los debates, comenzando con lo dicho por nuestro estimado maestro el Consejero Privado Wagner³. En uno de sus pronunciamientos, escuché con extrañeza que las utilidades de los ferrocarriles de Prusia beneficiaban a las clases populares. Hasta donde tengo conocimiento, es sobre todo de los bolsillos de las clases populares de donde se extraen estas utilidades (*risas*), y se emplean sobre todo para pagar los impuestos estatales de los propietarios (*gritos de «¡oiga, oiga!» y de oposición*). Quizás este punto de vista que yo he enfatizado deliberadamente está tan sesgado como el del Consejero Privado Wagner, pero era imposible permitir que sus palabras pasaran sin objeción alguna. (*Gritos de «él no dijo eso»*). (*El Consejero*

² Gonzalo Cataño Molina; sociólogo, Universidad Nacional de Colombia; master of Arts, Standfor University; doctor en Sociología del Derecho e Instituciones Políticas, Universidad Externado de Colombia.

³ Adolfo Wagner, economista social alemán, fundador de la Verein für Sozialpolitik junto con Schmoller, Brentano, Knapp y otros profesores universitarios (N. del T.).

Privado Wagner: «Yo dije que las grandes obras nacionales se beneficiarían») ¡Usted dijo más que eso!

Ahora tengo que referirme a una o dos de las exposiciones de mi hermano⁴. Aunque nuestras opiniones difieren en muchos aspectos, solo puedo decir que sobre este punto nosotros estamos completamente de acuerdo. Mi hermano está tan convencido, como el Consejero Privado Wagner y yo mismo, de que el progreso del mecanismo burocrático es irresistible. («¡Oiga, oiga!»). ¡En realidad, no hay nada, no existe sistema en el mundo que trabaje con tanta precisión y tan barato como lo hace este aparato humano! Es absurdo afirmar, por ejemplo, que el gobierno autónomo es más justo porque es administrado desde puestos elevados. Cuando existe una administración puramente técnica y carente de fallas, y cuando se toma como el más alto y único fin una solución precisa y objetiva sobre problemas concretos, solo entonces uno puede decir: fuera con todo, excepto con una jerarquía oficial que hace estas cosas tan objetivas, precisas y «desalmadamente» como cualquier artefacto mecánico. (*Gritos de «¡absurdo!»*).

La superioridad técnica del mecanismo burocrático es tan sólida como lo es la superioridad técnica de la máquina respecto al trabajador manual. En la época en la cual se fundó la *Verein für Sozialpolitik* por la generación a que pertenece el Consejero Privado Wagner –insignificantes en número como nuestros disidentes son hoy día insignificantes comparados con ellos– se clamaba por medidas diferentes a las meramente técnicas. Ellos, caballeros, tuvieron que luchar contra la tormenta de aplausos por los resultados puramente técnicos de la mecanización industrial, según se entendía entonces la teoría de Manchester. Me parece que hoy día ellos están en peligro de dar tales aplausos a la tecnificación en la esfera del gobierno y la política. ¿Qué más, después de todo, hemos escuchado de ellos? Imagínense las consecuencias de la extensión de tal burocratización y racionalización que hoy día vemos próximas. Ahora mismo, en la gran empresa privada de la manufactura, como también en todas las otras empresas económicas manejadas con métodos modernos, el *Rechenhaftigkeit*, el cálculo racional, se emplea en todas las etapas. Por ello, la ejecución de cada trabajador individual es matemáticamente medida, cada hombre viene a ser una minúscula partícula del sistema y, consciente de esto, su mayor preocupación es llegar a ser una partícula más grande. Tome-

⁴ Se refiere a Alfred Weber (N. del T.).

mos como ejemplo extremo la autoridad del Estado o de la municipalidad de una constitución monárquica: es notable recordar cómo en el antiguo Egipto el sistema del «oficial menor» prevaleció sobre todos los niveles. Hasta hoy no ha existido una burocracia que pueda compararse con la de Egipto y esto es sabido por todos aquellos que conocen la historia social de la antigüedad. Es igualmente claro que hoy día nosotros estamos marchando hacia una evolución que recuerda ese sistema con todo detalle, excepto que está constituido sobre fundamentos técnicamente más perfectos, más racionalizados y por lo tanto mucho más integrados. El problema que ahora enfrentamos no es cómo esta evolución pueda cambiarse, lo cual es imposible, sino lo que vendrá con ella. Admitimos con agrado que hay hombres honorables y talentosos en la cúspide de nuestra administración, y que, no obstante, las excepciones tienen oportunidades de elevarse en la jerarquía oficial, de la misma manera que las universidades claman que a pesar de los casos aislados ellas constituyen un cambio de selección del talento. Horrible como el solo hecho de pensarlo, sería que el mundo pudiera un día poblarse solamente de profesores (*risas*) —nos retiraríamos a una isla desértica si tal cosa sucediera (*risas*)—, pero es todavía más horrible pensar que el mundo pudiera algún día poblarse de nada más que de pequeñas ruedas dentadas, de hombrecitos asidos a pequeños puestos esforzándose solo por alcanzar otros de mayor importancia, estado de cosas que, como en los informes egipcios, ejercerán un papel cada vez más importante en nuestro actual sistema administrativo y especialmente en el de sus vástagos, los estudiantes de ahora. Esta pasión por la burocracia, tal como nosotros la hemos escuchado aquí, es suficiente para llevarnos a la desesperación. Es como si en política la esfera de la timidez —la cual ha sido en todo momento una fiel compañera del alemán— se la dejara sola en el timón de mando; como si deliberadamente nos convirtiéramos en hombres que necesitan «orden» y nada más que orden, que nos volviéramos cobardes y nerviosos si por un momento este orden se tambalea, o desvalidos si de pronto fuéramos excluidos de su total incorporación en él. Tal vez el mundo no conocerá más hombres que estos, y es tal la evolución que ya nosotros estamos atrapados. La gran pregunta no es por lo tanto saber cómo promoverla y acelerarla, sino qué podemos oponer a este sistema para salvaguardar una porción libre de humanidad ante esta parcelación del alma, ante el dominio supremo del modo de vida burocrático. La respuesta a esta pregunta no aparece claramente hoy día.

Debemos preguntarnos más bien a nosotros mismos, cuáles son las perspectivas político-sociales de este avance de la burocracia

que ustedes tan apasionadamente aplauden. Caballeros, yo no podría sino sacudir mi cabeza ante la ilusión que aparece haberlos poseído a todos ustedes; cuando el empresario privado haya sido reemplazado en toda su extensión por el funcionario estatal o municipal, el resultado no será otra cosa que la administración de la autoridad del Estado desde el punto de vista del funcionario. Los oficinistas tendrán ahora que contar con las mismas molestias y mezquinas pendencias que diariamente enfrenta el empresario privado con sus trabajadores, y nadie tratará de hacernos creer que la política social se beneficiará. Los empleados, los oficinistas de la industria privada, que son más santos que los santos, siempre son mucho más difíciles de tratar que los mismos jefes. ¿Qué sucederá entonces si los funcionarios estatales y municipales ganan autoridad sobre todos los trabajadores? ¿Alcanzarán un mayor sentido de la política social por las inevitables fricciones con las organizaciones obreras? («¡Oigan, oigan!»). Podría pensarse que si el Estado tomara parte en la industria del carbón y se hiciera cargo de las minas e ingresara al sindicato minero, este monopolio sería gobernado sobre bases de política social. ¿Cuál sería entonces el destino que esperaría al Estado si esta venta no se lleva a cabo? Desempeñaría el papel, no de Sigifredo sino del Rey Günther con Brunilde (*risas*).

De todos es sabido que las condiciones de las minas del Estado es lo peor que existe en la política social. (*Gritos de «¡vaya, vaya!»*). Ustedes no pueden inculpar a nadie de ello. Si yo estuviera en tal posición también encontraría a la larga imposible prevenir el surgimiento de tales condiciones; si tuviera fricciones diarias con los trabajadores, individuales o con sus organizaciones, en forma tal que sintiera la permanente interferencia de mis planes cuidadosamente elaborados, mandarí —si pudiera— toda esa gente al diablo. Me estaría subestimando a mí mismo como buen burócrata si no exigiera saber mucho más que estos estúpidos lo que es bueno para ellos. En estas disputas el espíritu de los funcionarios públicos, que con suficiente razón se consideran a sí mismos mucho más inteligentes que sus trabajadores, actuará, sobre las bases descritas hace un momento. No obstante, los capaces y perspicaces que puedan ser estos individuos, ellos también llegan a ser frágiles en los diarios choques de intereses. Yo también llegaría a ser frágil y conducido a las mismas conclusiones en la forma que se lo he imputado a ellos («¡oigan, oigan!» «¡bravo!»). Solamente una comunidad que sea independiente de la perspectiva de los empresarios puede a la larga cultivar la «política social». No discutiré hoy qué conclusiones deben extraerse de; esto, pues solo deseo rotar la incuestionable idolatría a la burocracia.

El principio de la nacionalización y comunalización extensivas han hallado variaciones de grado en la *Verein für Sozialpolitik* desde el comienzo de su historia. Un nacionalizador total como el Consejero Privado, Wagner ha sido ciertamente una figura solitaria –yo diría casi una rareza– en nuestra sociedad. (*Gritos de «¡al contrario!»*). Sé que ha habido otros. Entre ellos, fue nuestro venerable maestro el profesor von Schmoller, aunque mucho más precavido. Según él mismo me lo recordó hace poco y quien vio con gran escepticismo, para tomar un ejemplo, la nacionalización de los ferrocarriles franceses. Como parece, el factor esencial de nuestra predilección por la burocracia, no obstante, los diversos énfasis, son un sentimiento puramente moral; esto es, la creencia en la firmeza de la superioridad moral de los funcionarios alemanes. Personalmente, también considero tales asuntos a la luz de la posición internacional de poder y del desarrollo cultural que tenga una nación. Aquí, sin embargo, el aspecto «ético» del sistema juega hoy día un papel sin duda menor.

Admitiéndolo, tanto como ellos enfatizan el funcionamiento preciso del sistema burocrático, las «éticas» son de gran valor para su mecanismo. Mi impresión es esta; dado el servicio civil «corrupto» de Francia, el servicio civil corrupto de América, el excesivo abuso de los «vigilantes nocturnos» del Gobierno de Inglaterra, ¿cómo pueden estas naciones de hecho permanecer?, ¿cómo por ejemplo pueden ellas sobrevivir el reinó de la política exterior?, ¿somos las únicos que han hecho progresos en este terreno?, ¿qué otros? Naciones democráticamente gobernadas con una administración parcialmente corrupta, han alcanzado mucho más éxito en el mundo que nuestra burocracia moralmente superior y, juzgando solamente sobre la base del «realismo político» y más allá, tomando en consideración el «pesó del poder» de las naciones en el mundo –que para muchos de nosotros es lo fundamental– yo preguntó: ¿qué clase de sistema... –la expansión del capital privado, unido a una simple administración de los negocios que está mucho más expuesta a la corrupción; o a un gobierno estatal de una administración moralmente rígida, autoritaria y glorificada como la alemana– qué sistema, para usar una expresión inglesa, es hoy día más «eficiente» (*efficient?*)? Tampoco puedo admitir, con todo el debido respeto por el recto mecanismo de la burocracia alemana, que haya sido capaz de mostrar tanto por la grandeza de nuestro país como los funcionarios de otras naciones, despojados de su ropaje celestial, inferiores moralmente y asociados al –para muchos de nosotros– tan despreciable motivo del lucro del capital privado. (*Gritos de «¡bravo!» y aplausos*).